

Decimotercer Domingo del Tiempo Ordinario A2023

Quiero comenzar esta homilía con las palabras de Proverbios 11:25: “El que es generoso será saciado, el que riega será regado (por Dios)”.

Lo que este proverbio aporta a nuestra experiencia de vida es que cualquier acto de bondad, compasión o generosidad hacia nuestros semejantes nunca quedará sin recompensa. En otras palabras, la bondad de corazón y la generosidad de manos atraen la recompensa de Dios a quienes las practican. Los que son generosos y hospitalarios agradan a Dios y él los recompensa siempre por su bondad.

La verdad de este proverbio se evidencia en la primera lectura de hoy por el gesto de la mujer estéril de Sunem que fue hospitalaria con el profeta Eliseo. Como recibió al profeta en su casa cada vez que estaba en misión, Dios recompensó su generosidad dándole un hijo.

El acto generoso de Dios hacia la mujer de Sunem muestra que Dios no es indiferente a las formas en que vivimos y lo que hacemos para ayudarnos unos a otros. Él está escondido en nuestros hermanos y hermanas y lo que hacemos para aliviar su sufrimiento o sus necesidades toca su corazón.

El gesto de dar a los necesitados no significa necesariamente que el dador tenga en abundancia. Se necesita coraje, renuncia y generosidad para dar a los demás. No es natural regalar lo que poseemos. La mayoría de las veces las personas invocan sus numerosas necesidades como razón para no dar a los demás. Como lo hemos escuchado, muchas personas dicen espontáneamente: “Ya tengo muchos problemas propios, ¿por qué debo agregar más a lo que tengo preocupándome por las necesidades de otro?”. Por lo tanto, son reacios a dar a los demás. Sin embargo, si se atreven a hacerlo, Dios los bendecirá porque no hay acto de caridad que quede sin recompensa.

De todos modos, ¿por qué debemos ayudar a otros en sus necesidades o ser hospitalarios con la gente? Según el Evangelio de hoy, tres razones principales nos impulsan a hacerlo. Primero, está la voluntad de llevar la cruz.

De hecho, al dar a los demás, a veces nos duele porque nos privamos de algo que habríamos usado para nosotros mismos. En este sentido, regalar lo que poseemos se convierte en una aceptación del sacrificio. Al dar a los demás, mostramos nuestro amor por Jesús y llevamos nuestra cruz al seguirlo. Al mismo tiempo, damos un testimonio vívido de que lo hemos escuchado hablarnos, hemos tomado en serio sus palabras y queremos ponerlas en práctica.

En otras palabras, cada día, debemos tomar nuestra cruz y seguir a nuestro Señor. Si no lo hacemos, fracasamos como discípulos. Llevar la cruz siempre traerá algo de dolor y sufrimiento a nuestras vidas. Porque cada vez que cortamos algo atractivo que nos aleja de Dios, sufriremos y sentiremos dolor. ¡Esto es parte de nuestra vida como verdaderos seguidores de nuestro Señor en nuestro camino hacia el Padre!

Además, si unimos nuestro propio dolor y sufrimiento a los de nuestro Señor, ¡entonces seremos partícipes de su obra de salvación para el mundo! Así, paradójicamente, salvaremos nuestra vida perdiéndola por el amor de Dios en lugar de perderla porque tratamos de salvarla por las razones equivocadas.

De otra parte, amar a nuestro Señor es amar al mismo Padre. Ciertamente, el amor por nuestras madres y padres, nuestros hermanos y hermanas y nuestros hijos debe ser siempre una prioridad muy alta. Pero nunca pueden ser colocados por encima de nuestro amor por Dios y nuestro Señor.

La segunda razón para dar a los demás radica en el hecho de que Dios está escondido en los pobres y los necesitados. Entonces, al dar a los demás, damos a Dios que está escondido en ellos. Al mismo tiempo, al recibir a estos pobres en nombre de nuestra fe en Jesús, recibimos a su Padre que nos ha bendecido tanto dándonos todas aquellas cosas que disfrutamos en este mundo. Por eso Jesús dice “Quien los recibe a ustedes me recibe a mí; y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado”.

Además, al compartir algunas de nuestras posesiones materiales con los verdaderamente pobres de nuestra comunidad y los necesitados del mundo, hacemos feliz a nuestro Señor y traemos una bendición a los corazones y vidas de los necesitados. Como sucede cuando se realiza un acto de generosidad para alguien que lo necesita, escuchamos palabras como “Me alegraste el día”, “¿Qué sería de mí sin tu ayuda?”. De esta manera, atraemos la bendición de Dios sobre nosotros.

La tercera razón radica en el hecho de que al dar a los demás es el mismo Jesús a quien estamos ayudando con nuestras cosas materiales. Pero como Jesús no es desagradecido, nos recompensará por nuestros actos de caridad y hospitalidad. Por eso Jesús dice: “Quien diere, aunque no sea más que un vaso de agua fría a uno de estos pequeños, por ser el discípulo mío, yo les aseguro que no perderá su recompensa”.

Por estas razones evidentes, nunca debemos arrepentirnos de una buena acción. Incluso si la gente no muestra aprecio, debemos seguir haciendo el bien. Si hemos hecho algo bueno a alguien aunque no diga gracias, tenemos que estar agradecidos con Dios. Hemos hecho sólo lo que nuestra fe en Jesús nos ha obligado, sabiendo bien que Jesús y el Padre nos recompensarán.

Oremos, pues, para que Dios nos ayude a reconocer que todas las cosas materiales que disfrutamos en este mundo nos las ha dado él. Pidámosle que toque nuestros corazones y nuestras mentes para que abramos nuestras manos a los necesitados sin mirar nuestras propias necesidades ni calcular el costo. ¡Dios los bendiga a todos!

Reyes 4: 8-11, 14-16; Romanos 6: 3-4, 8-11; Mateo 10: 37-42



Fecha de la Homilía: el 02 de Julio, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230702homilia.pdf